

¿Dios es una paradoja?

Marcos Winocur

¿DIOS PUEDE HACER UNA PIEDRA TAN PESADA QUE NI ÉL MISMO
PUEDA LEVANTARLA? SI ÉL LO PUEDE ENTONCES BERTRAND
RUSSELL PENSARÁ UNA CLASE QUE SEA LA CLASE DE TODAS
LAS CLASES

El propósito del artículo es asociar lógicamente la idea russelliana de la clase de todas las clases con la concepción teológica de Dios, en el sentido que ambas se comportan como totalidades absolutas: excediéndose en su pretensión de completarse. Si así fuera entonces Dios, como la clase de todas las clases, sería una paradoja. Para el artículo es el caso de aquellas proposiciones autodestructivas; es decir, basta su enunciado para consagrar la negación de la proposición misma, y así *ad infinitum*. Procede una breve información sobre la idea del fin del mundo en Russell y en otros autores, idea difundida a partir del siglo XIX, con base en los adelantos científicos de la época y que, como la anterior, el autor del artículo llama trascendentes.

En estas páginas examinaré sucintamente dos ideas que me parecen trascendentes en la filosofía de Bertrand Russell, es decir, que implican *un más allá*. La primera es la idea del fin del mundo compartida por pensadores de una época que va del siglo pasado al nuestro, como Engels y William James. En este caso el tratamiento que haré será descriptivo. La segunda idea a considerar en estas páginas infiere el sentido profundamente religioso de la construcción russelliana de la clase de todas las clases, momento fundamental de su lógica. En este caso el tratamiento irá más allá: será trascendente a lo descriptivo.

EL FIN DEL MUNDO

Russell —apasionado de la lógica como de la vida— acostumbraba sacar conclusiones de tipo social. Así nos refiere cómo el

auge dado en la Inglaterra de segunda mitad del siglo pasado —maquinismo espectacular, prosperidad y eficiencia de las instituciones— hacía pensar en un progreso indefinido. Hubo incluso una tendencia a generalizar este optimismo donde quiera, sin excluir el destino de la humanidad, que así parecía tampoco tocar fin. Sin embargo, dice Russell.

para los más reflexivos otro aspecto era evidente. Las mismas leyes que producen el desarrollo causan la decadencia. Algún día el sol se enfriará y la vida en la Tierra cesará. Toda la época de animales y plantas es sólo un interludio entre edades que fueron demasiado calientes y edades que serán muy frías. No hay ley del progreso cósmico, sino solamente una oscilación hacia adelante y hacia atrás (...).³

No obstante su aguda crítica a la dialéctica —que es auto-crítica de su pasado hegeliano— Russell se ha mostrado en esas expresiones como amigo de la contradicción y de los ciclos cerrados. Estamos a un paso de la idea del eterno retorno, la cual se pone en boga a la época, en lo que va de un siglo al otro y tiene su vocero en Nietzsche.

En fin, la ciencia de hoy tiene poco que corregir a la visión del fin del mundo que nos da Russell. Está previsto que al enfriamiento de la estrella sol precederá una brutal descarga de energía y para entonces, si continuamos siendo los precarios pobladores del planeta, tendremos a éste por tumba. Moriremos, pero no congelados sino asados. El caso es que de ahora a ese acontecimiento falta aún el transcurso de algo así como otros cinco mil millones de años, cuenta habida a que el Sol está en la fase media de su existencia... quizá la muerte no nos sobrevenga de frío ni de calor, sino de hastío.

Las escatologías, el apocalipsis, ahora racionalista, son imágenes que resurgen con fuerza en el siglo XIX y se abren camino desde la ciencia hacia la filosofía. Así William James recoge la palabra de la ciencia de la época:

Con el hombre desaparecerán los frutos de su pensamiento. La inquieta conciencia que en este oscuro rincón ha roto durante un breve lapso el resignado silencio del universo, volverá a reposar. La materia no tendrá conciencia de sí misma por más tiempo. 'Los monumentos imperecederos, los hechos inmortales', la muerte misma

³ Russell, B. *Religión y ciencia*. México, FCE, 1973. Cuarta reimpresión, p. 58.

... y el amor más fuerte que la muerte, serán como si no hubieran existido. Nada será mejor o peor por mucho que haya sido el genio, el trabajo, la constancia y el sufrimiento del hombre a través de edades incalculables.²

“He aquí el aguijón”, se duele el filósofo James, padre de la corriente de pensamiento conocida como pragmatismo. Engels, junto a Marx los creadores del materialismo dialéctico, hace por su parte una descripción similar donde

... la Tierra, convertida en una bola muerta y helada como la Luna, gira, hundida en profundas tinieblas y en una órbita cada vez más estrecha en torno al Sol, también enfriado, para precipitarse, por último, en los espacios cósmicos.³

Podríamos escapar del sistema solar antes que suceda el cataclismo y mudarnos a otros mundos, se hace eco Russell⁴ dando un paso hacia su contemporáneo H. G. Wells. Pero él mismo se encarga de clausurar esa posibilidad de supervivencia indefinida en un vagar por las estrellas: detrás de todo y acabando con todo está la muerte térmica del universo.

¿Qué es eso? Una hipótesis científica también barajada por la época. Se basa en el segundo principio de la termodinámica, el cual postula la tendencia de los sistemas cerrados a la entropía máxima. Traducido a un lenguaje corriente significa que “todo lo desparejo se emparejará”, lo diferente se igualará, lo rápido y lo lento unificarán su movimiento en intermedio y uniforme, lo caliente y lo frío acabarán en una tibieza. En suma, un estado donde absolutamente nada podría recomenzar. La vida desde luego cae abatida para siempre. Somos en efecto la diferencia por excelencia, casi el mentís a ese destino de mediocridad universal, que es una variante de la nada.

El científico Kelvin, que había contribuido a formular el segundo principio de la termodinámica, partidario él mismo de la hipótesis de la muerte térmica, hizo sin embargo una salvedad respecto del fúnebre pronóstico: a menos que existan en el gran almacén de la creación otras fuentes de energía aún desconocidas para el hombre. Esta salvedad fue hecha antes del descubrimiento de la energía termonuclear. Y registro el asentimiento de Russell

² James, W. *Pragmatismo: un nuevo nombre para algunos viejos modos de pensar*. Madrid. SARPE. 1984. P. 99.

³ Engels, F. *Dialéctica de la naturaleza*. México. Grijalbo. 1991. Octava edición. P. 17.

⁴ Russell, B. *Idem*. P. 149.

a la hipótesis de la muerte térmica también antes de ese hecho científico de primera magnitud.⁵

LA PIEDRA DE TODAS LAS PIEDRAS Y LA CLASE DE
TODAS LAS CLASES

En fin, Dios nos sacaría de las versiones encontradas, de toda esta confusión. Dios es parte de la hipótesis final de Teilhard de Chardin. Al tocar alfa con omega, cerrado el gran ciclo universal, nos disolvemos en éxtasis energético. Allí encontramos a Dios. Y así el filósofo cristiano compatibilizaba ciencia con religión, misticismo con termodinámica.

Pero Dios está también confuso. En la Edad Media se discutían con ardor cuestiones como esta: ¿Dios puede hacer una piedra tan pesada que ni Él mismo pueda levantarla? Una respuesta es la siguiente: no puede, sería crear algo superior a sus fuerzas. Pero si no puede, entonces no es todopoderoso. La otra respuesta reposa aquí: sí puede, para eso es todopoderoso. Pero si puede entonces deja de ser todopoderoso pues ha creado algo superior a sus fuerzas: "la piedra de todas las piedras."

La omnipotencia es uno de los atributos esenciales, *sine qua non*, de Dios. Y bien: ¿dónde nos ha colocado el razonamiento? En una cerrada disyuntiva. O Dios pierde la omnipotencia por no ejercerla o la pierde por ejercerla. En este último caso ¿qué ocurre? Dios en el acto de ser Dios deja de ser Dios. Él ha quedado encerrado dentro de una contradicción insoluble: o se autolimita antes (no hace la dicha piedra) o se autolimita después (la dicha piedra, por el peso resulta superior a sus fuerzas). Para ser Dios necesita no ser Dios.

El juego de la lógica resulta infernal y Dios queda tan confuso como yo. Naturalmente, pueden plantearse preguntas y darse respuestas. ¿Por qué Dios hace la dicha piedra? Él la hace para demostrar que todo lo puede. Y todo no lo puede porque Él la hace. ¿Por qué Él la hace? Él la hace para demostrar que todo lo puede. Y todo no lo puede porque Él la hace. ¿Por qué Él la hace? Él la hace para... Y así *ad infinitum*. Es infernal. Las

⁵ Russell, B. *Idem*. Citando a su contemporáneo, el científico James Jeans, el autor escribe: "con los universos, como con los mortales, la única vida posible es el progreso hacia la tumba." P. 150. La primera edición en inglés es de 1935.

preguntas me encierran en un círculo vicioso y de poco valen las respuestas.

Russell, agnóstico confeso, encuentra en su camino logicista a Dios y le bautiza (con minúsculas) como *la clase de todas las clases*. También se designa como conjunto de todos los conjuntos. ¿De qué se trata? En primer lugar, de un concepto. Como tal, como producto mental que es, la clase de todas las clases se escinde de lo real a la manera que lo hace la idea de Dios. Y en segundo lugar, como Él, quiere abarcarlo todo. ¿Cuál es el resultado? Otra vez una contradicción insoluble conocida como la paradoja de Russell.⁶ Dios, con motivo de la dicha piedra, se ve enfrentado consigo mismo. De modo semejante sucede con la clase de todas las clases. Varía la forma, Dios está armado de voluntad en tanto la clase de todas las clases es pasiva. Así, a la voluntad de Dios se propone la acción: hacer una piedra, levantarla; mientras que a la clase de todas las clases, incapaz de autotranscendencia, se la interroga por su naturaleza: ¿se contiene a sí misma? Y la respuesta: se contiene a sí misma si no se contiene a sí misma; y no se contiene a sí misma si se contiene a sí misma; y así *ad infinitum*.

Pero, si bien en la forma varía el desafío según esté yo ante Dios o ante la clase de todas las clases, en esencia el tipo de recursividad es el mismo. ¿Qué propongo a la clase de todas las clases? Le propongo que se exceda a sí misma como antes lo propuse a Dios: no hacer ya una piedra tan pesada que ni Él pueda levantarla, sino que a *todas* las clases se agregue una más: la clase de todas las clases, es decir, ella misma. Si se agrega hay una clase que sobra, si no se agrega hay una que falta; invariablemente la totalidad se difuma. En fin, a la clase de todas las clases le sucede como a Dios. Antes de hacerla, le falta la dicha piedra para ser todopoderoso, una vez hecha, la piedra le sale sobrando. Al igual que la clase de todas las clases, Dios se contiene a sí mismo si no se contiene a sí mismo (esto es: si se excede haciendo la dicha piedra que no podrá levantar); y si no se contiene a sí mismo se contiene a sí mismo (no haciendo la dicha piedra para evitarse ser excedido).

⁶ La expresión completa de la paradoja russelliana de las clases es la siguiente: La clase de todas las clases que no se contienen a sí mismas se contiene a sí misma si y sólo si no se contiene a sí misma. Con estos alcances está aquí empleada, sólo que en expresiones abreviadas.

EL NÚMERO MÁXIMO

Estoy en el campo de las totalidades absolutas. Otras del tipo, llamadas precisamente paradojas, son las conocidas como de Burali-Forti para los números ordinales y de Cantor para los cardinales. Aquí hablaré en general, como en ocasiones lo hace Russell, del número máximo. Como tal, es enunciable. ¿Existe? Russell llegó a creerlo y así lo escribió en un artículo titulado *Las matemáticas y los metafísicos*. En 1917, años después de haberlo publicado, hubo de rectificarse agregando una nota al pie de página: la prueba de que no hay número máximo —decía— es válida; “y si esta prueba fuese válida —había escrito antes en el mismo artículo— las contradicciones del infinito reaparecerían en forma sublimada.”⁷ Ya sin verbos en condicional, es lo que ocurre, Russell venía precisamente a dejarlo por sentado con su rectificación.

El número máximo no entra en existencia porque es de la esencia del número admitir siempre un sucesor. Allí, en ese punto, en el condicionamiento axiomático mismo, estoy negando al número máximo. Estoy diciendo: número es aquello que no tiene máximo. De ningún modo en el camino puedo hacer trampas y formular: hay un último sucesor que ya no tiene sucesor, esto es, el número máximo. No puedo, si lo hago el edificio matemático se viene abajo. En una palabra, si existe el número máximo no existe el número.

¿Es abusivo inferir de igual modo que si existe la clase de todas las clases no existe la clase? ¿Si existe Dios no existe la creación, esto es, los objetos contenidos en la creación? Pues en los tres universos —el matemático de los números, el lógico de las clases y el físico de la creación— el infinito en última instancia gobierna; y, queriendo llevar la totalización al límite lo niego: cierro los universos dándolos por finitos.

CONSIDERACIONES FINALES

Tanto Dios como la clase de todas las clases y el número máximo se presentan como proposiciones del tipo totalidades absolutas... y lo son pero en otro sentido: absolutamente contra-

⁷ Russell, B. *Las matemáticas y los metafísicos en: Misticismo y Lógica*. Buenos Aires. Paidós. 1975. P. 107.

dictorias, al punto de revelarse como proposiciones autodestructivas; es decir, basta el enunciado para consagrar su negación, y así *ad infinitum*.

El infinito en acto, por oposición al infinito en potencia, es uno de los nombres de Dios. De esto nos ilustró largamente Aristóteles y, más que él, los teólogos del Medioevo. En cuanto a Hegel, revalorizó la contradicción en nombre de la dialéctica y la persiguió por doquier, pero menos donde ella es más necesaria. Su Idea Absoluta nada tiene que envidiar al número máximo, a la clase de todas las clases, al infinito en acto o a Dios. La Idea Absoluta era para Hegel el País de la Consistencia hacia el cual tendían las contradicciones de los desarrollos con que nos topamos en el universo, todos ellos necesariamente parciales; allí se resolvían pues, arribando, las contradicciones se esfumaban absorbidas en la Consistencia.

El lenguaje, que se divierte dando palabras por hechos, hace que lo absoluto sea enunciable. Tal vez en otros mundos sea más que enunciable. No puedo negarlo, diría el agnóstico Russell. En todo caso, la lógica de nuestro mundo señala: las totalidades absolutas no son pensables sin contradicción. Y esa contradicción no es dialéctica, nada genera, es autodestructiva. Pero si —¡oh Wittgenstein!— considero las totalidades absolutas en relación a los mundos posibles... ¿existen o no? Yo no puedo concluir —¡oh Kant!— ambas cosas. Que no existen: si no las podemos pensar sin esa contradicción autodestructiva entonces nunca da comienzo su ser (aquí el ser depende del pensar). Que sí existen: no las podemos pensar por una limitación de nuestras facultades mentales (aquí el pensar depende del ser).

EPÍLOGO TAUTOLÓGICO

¿Dios está al comienzo o al final está Dios? Dios está al comienzo —de esta frase y, de esta frase también— al final está Dios.

¿Cuál es la conclusión? Dios está al comienzo —del mundo y, del mundo también— al final está Dios.

¿Por qué, eh, por qué? Porque Dios está al comienzo del título de estas páginas y de ellas en consecuencia; y de estas páginas también— al final está Dios.